La calle
Diario de un espectador
Su nombre era escándalo
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles seis de junio de 2007

Dijimos que el nombre de Juan José Gurrola, muerto el viernes pasado, estuvo con frecuencia asociado al escándalo. Más todavía, podía decirse que su nombre era escándalo. Lo provocó en su puesta en escena de *Hamlet*, el año pasado. Y lo provocó en muchos otros momentos. Ayer empezamos a recordar uno de los episodios de su vida en la escena donde ese fue el desenlace, el escándalo. Luis de Tavira lo escogió para que hiciera del cura de Carácuaro en el *Martirio de Morelos*, de Vicente Leñero, que entre otras peripecias estuvo a punto de ser censurada en la Universidad nacional.

El coordinador de extensión universitaria y el director de difusión cultural bajo la rectoría del doctor Octavio Rivero, Alfonso de María y Campos —hoy director del Instituto nacional de antropología e historia— y el ingeniero Fernando Galindo aparecieron como los responsables de una decisión “venida de arriba”, y propusieron que la obra, antes de ser cancelada definitivamente o autorizada, fuera vista por grupos de funcionarios en funciones privadas. La primera ocurrió el 24 de septiembre de 1984. A Leñero, según cuenta en *La ruta del martirio de Morelos*, le gustó mucho esa representación inicial, “y a la noche siguiente me dispuse a ver el segundo estreno en compañía de Luis de Tavira, desde la cabina del Juan Ruiz de Alarcón.

Tavira andaba nerviosísimo. Venía de camerinos, de una bronca fenomenal con Gurrola, quien aseguraba que De María y Campos y Galindo armaron todo el escándalo con el único fin de hacerle publicidad a la obra y luego pararse el cuello.

--Y como el único que no saca ventaja de todo esto soy yo —dijo Gurrola a Tavira— ahora quiero que me paguen un millón de pesos por hacer el Morelos. O me pagan el millón o no salgo a escena.

Tavira logró tranquilizar a Gurrola y Gurrola aceptó ponerse el paliacate para el segundo estreno. Sin embargo, --informó Tavira— amenazó con hacer un numerito: que se cuiden De María y Campos y Galindo porque estoy dispuesto a denunciarlos en escena.

No fue necesario esperar mucho tiempo para ver cumplida la amenaza del terrible actor. Esa misma noche Gurrola alargó su parlamento en La delación, la escena del segundo acto. Morelos-Gurrola ya estaba allí, frente a sus jueces, en aquel establo configurado por Tavira, los caballos de a de veras mascando pastura y los soldados realistas cayéndose de sueño. Lo interrogaban los militares encabezados por Concha-Beristáin, hasta un momento en que Morelos-Gurrola empezaba a delatar generales insurgentes...

Morelos-Gurrola abrió una pausa. Se alejó centímetros de Beristáin-Concha para agregar:

--Además de Guadalupe Victoria está, cómo se llama, este otro, cómo se llama, ingeniero él, Fernando Galindo. Y también este muchacho muy avisado, pariente de un historiador, Alfonso, Alfonso de María y Campos.

Desde la cabina yo no daba crédito a la payasada que estaba oyendo en el foro, mientras Tavira tronaba mentadas de madre contra Juan José. Atónitos aguantaron la morcilla los actores que intervenían en la escena y sólo se oyó reír efímeramente a un par de espectadores; la mayoría del público no entendió el chiste.

Esa fue la penúltima función que dio Juan José Gurrola. Completó el tercer estreno, la tercera exhibición privada para los grupos colegiados de la Unam, y desapareció un par de días sin decir nada a nadie. Cuando regresó para reincorporarse al montaje, el grupo ya no lo admitió”.

Para tomar esa decisión el grupo sometió a Gurrola a juicio. Según se informó en *Proceso*, entonces, “se opusieron a Gurrola los actores Arturo Beristáin y José de Santiago. En cambio, Claudio Brook e Ignacio Retes consideraban importante que Gurrola volviera”.

Luis de Tavira había preparado, por las dudas, a un suplente, Ramiro García.